



LAS
DIEZ
MIL
PUERTAS
DE
ENERO

ALIX E. HARROW

Enero Demico es una joven curiosa que vive en una extensa mansión llena de objetos y tesoros peculiares. Como la pupila del rico señor Locke, se siente un poco distinta a todo aquello que la rodea. Entre todos los artefactos que habitan la casa, Enero descubrirá un maravilloso libro: un libro que la llevará a otros mundos y que cuenta una historia repleta de puertas secretas, de amor, aventura y peligro. Cada vez que pase una de sus páginas se le revelarán verdades imposibles hasta descubrir que la historia que lee está cada vez más entrelazada con la suya propia.

Para Nick, mi camarada y también mi brújula.

La Puerta azul

Cuando tenía siete años, encontré una puerta. Supongo que bien podría escribir en mayúscula la primera letra de la palabra para que comprendas que no hablo de una de jardín ni de una cualquiera, como las que se cruzan con la seguridad de que al atravesarlas una se topará con una cocina de baldosas blancas o el armario de un dormitorio.

Cuando tenía siete años, encontré una Puerta. Mejor. Mira lo imponente y llamativa que luce ahora la palabra en la página. Contempla el anillo de la P y cómo parece un arco negro que va a dar a una nada blanquecina. Me gusta imaginarme que, cuando ves esa palabra, la familiaridad que te evoca hace que se te ericen un poco los pelillos de la nuca. No sabes nada sobre mí. No me ves aquí sentada en este escritorio de madera amarilla, ni ves cómo la suave brisa marina agita estas hojas como una lectora que busca un marcapáginas. Tampoco ves las cicatrices que recorren y se retuercen por mi piel. Ni siquiera sabes cómo me llamo (bueno, me llamo Enero Demico, así que ahora supongo que se podría decir que sí que sabes algo sobre mí y que lo que acabo de decir no tiene mucho sentido).

Lo que seguro sí conoces es lo que significa ver escrita la palabra «Puerta». Quizás incluso hayas visto una con tus propios ojos, entreabierta y podrida en una vieja iglesia o lubricada y como nueva en una pared de ladrillos. Puede que si eres una de esas personas aventuradas que no pueden evitar que tus pies te lleven a lugares inesperados, incluso hayas cruzado una de ellas para llegar a uno de esos lugares tan inesperados.

O quizá ni te hayas percatado del menor atisbo de una de esas Puertas en tu vida. Ya no hay tantas como antes.

No obstante, conoces su existencia, ¿verdad? Porque hay diez mil historias sobre diez mil Puertas, y las conocemos tan bien como nuestros nombres. Llevan al País de las Hadas, al Valhalla, a la Atlántida, a Lemuria, al Cielo y al Infierno, a todos los lugares que nunca señalaría una brújula. A cualquier parte. Mi padre, que es un académico de verdad y no una joven con papel, tinta e ideas sobre las que escribir, lo explica mucho mejor:

Si comparamos las historias con los yacimientos arqueológicos y empezamos a limpiar el polvo de su superficie con sumo cuidado, llegaremos a la conclusión de que siempre hay una puerta. Un punto que divide el «aquí» del «allí», el «nosotros» del «ellos», lo «mundano» de lo «mágico». Las historias siempre tienen lugar cuando las puertas se abren y las cosas cruzan entre mundos.

Él nunca usaba las mayúsculas para referirse a las puertas, pero quizá se deba a que los académicos creen que quedan mal en la página.

Era el verano de 1901, aunque la disposición de esos cuatro números seguidos aún no significaba nada para mí. Lo veía como un año jactancioso y muy creído que resplandecía con las valiosas promesas de un nuevo siglo. Había conseguido librarse de todos los problemas y la confusión del siglo XIX, de todas las guerras, las revoluciones y las incertidumbres; de las desavenencias propias del imperialismo, y ahora solo habían quedado paz y prosperidad. El señor J. P. Morgan prácticamente acababa de convertirse en uno de los hombres más ricos de la historia de la humanidad; la reina Victoria había expirado al fin y legado su vasto imperio a su hijo de aspecto regio, a los indisciplinados bóxers los habían sometido en China, y Cuba se había resguardado sin problema bajo los civilizados designios de Estados Unidos. La razón y la lógica dominaban el mundo, y no había lugar para la magia ni el misterio.

Resultó que tampoco había lugar para que las niñas deambulasen por los límites de los mapas y contasen la verdad sobre las cosas imposibles y disparatadas que habían encontrado allí.

La encontré en el descuidado extremo occidental de Kentucky, justo donde el estado se hunde en el Misisipi. No es la clase de lugar donde uno esperaría encontrar nada misterioso ni medianamente interesante: un sitio anodino lleno de maleza descuidada y de gente igualmente anodina y de aspecto asimismo descuidado. Donde el sol emite el doble de calor y brilla el triple que en el resto del país, incluso durante el mes de agosto, y el ambiente es húmedo y pegajoso, como los restos de jabón que se te quedan en la piel cuando eres el último en usar la bañera.

Pero las Puertas siempre se encuentran donde menos te lo esperas, como los sospechosos de asesinato en las novelas de misterio baratas.

Resultó que yo me encontraba en Kentucky porque el señor Locke me había llevado con él a uno de sus viajes de negocios. Dijo que era «todo un obsequio» y una «oportunidad de ver cómo se hacen las cosas», pero lo cierto es que se vio obligado a llevarme porque mi institutriz estaba al borde de la histeria y había amenazado con dejar el trabajo cuatro veces durante el último mes. No negaré que era una niña conflictiva.

O quizá solo fuese porque el señor Locke intentaba animarme. La semana anterior había llegado una postal de mi padre. En ella aparecía la fotografía de una niña morena que tenía un sombrero dorado y puntiagudo y un gesto de resentimiento en el rostro. Las palabras AUTÉNTICA VESTIMENTA BIRMANA destacaban junto a la imagen. En el dorso había tres líneas escritas con tinta marrón y caligrafía exquisita:

«Voy a quedarme un poco más. Volveré en octubre. Pienso mucho en ti. JD».

El señor Locke la leyó por encima de mi hombro y me dio unas torpes palmaditas en la espalda para intentar animarme.

Una semana después estaba metida en uno de esos coches cama Pullman con terciopelo y paneles de madera leyendo *Los jóvenes trotamundos en la selva*^[1] mientras el señor Locke leía la sección de economía del Times y el señor Stirling contemplaba el vacío con esa mirada perdida tan propia de los sirvientes.

Debería describir mejor al señor Locke. No creo que le gustara que lo nombrase de forma tan casual y sesgada. Permítanme que les presente al señor William Cornelius Locke, un casi millonario que había conseguido labrarse su propia fortuna, director de W. C. Locke & Co. y propietario de nada menos que tres mansiones en la Costa Este, defensor a capa y espada de virtudes como el Orden y la Propiedad (palabras que sin duda le gustaba ver en mayúscula. ¿Ves esa P? Estoy segura de que te la imaginas como una mujer con la mano en las caderas) y presidente de la Sociedad Arqueológica de Nueva Inglaterra, una especie de club social para hombres ricos y poderosos que también eran coleccionistas aficionados. Y digo «aficionados» solo porque los hombres ricos solían referirse a sus pasiones con ese desdén y ligereza, como si admitir que tenían otro interés más allá de ganar dinero fuese a manchar su reputación.

Lo cierto era que yo a veces sospechaba que todo el dinero que ganaba Locke iba a parar a esa afición de coleccionista. La casa que tenía en Vermont, que era donde vivíamos y que distaba mucho de las otras dos prístinas estructuras de su propiedad que parecían destinadas únicamente a dejar huella en el mundo, era enorme, tan abigarrada como el Smithsonian y daba la impresión de no estar formada por piedra y argamasa, sino por reliquias. La orga-

nización brillaba por su ausencia: había figuras de piedra caliza con forma de mujeres de anchas caderas junto a biombos de Indonesia con tallas similares a un encaje y puntas de flecha de obsidiana que compartían vitrina con el brazo disecado de un guerrero del periodo Edo. (Odiaba ese brazo, pero no podía dejar de mirarlo y preguntarme qué aspecto tendría cuando estaba vivo y tenía músculos y qué habría pensado su propietario de saber que una niñita se pasaría los días contemplando su piel apergaminada en Estados Unidos sin saber siquiera su nombre).

Mi padre era uno de los agentes de campo del señor Locke, que lo había contratado cuando yo era poco más que una berenjena envuelta en una manta.

—Tu madre acababa de morir, ¿sabes? Es una historia muy triste —le gustaba decir al señor Locke—. Y tu padre, un hombre escuchimizado de tono de piel extraño y con tatuajes por los brazos, válgame Dios, salió de la nada con un bebé. Fue entonces cuando me dije: «¡Cornelius, ese hombre necesita un poco de misericordia!».

Contrató a mi padre antes del anochecer, y ahora él se dedica a recorrer el mundo en busca de objetos dotados de «un valor único y particular» que le envía por correo al señor Locke para que él los meta en vitrinas numeradas con placas de latón y me grite cuando las toco o juego con ellas o cuando robo las piezas aztecas para recrear pasajes de *La isla del tesoro*. Y yo me limito a quedarme en mi cuartucho gris de la Hacienda Locke y molestar a las institutrices a quienes contrata para convertirme en una persona de provecho y esperar a que mi padre vuelva a casa.

A los siete años había pasado mucho más tiempo con el señor Locke que con mi padre biológico, por lo que me acabé encariñando con él, tanto como una se puede encariñar con alguien capaz de lograr que un traje de tres piezas parezca cómodo.

Fiel a su costumbre, el señor Locke había alquilado para nosotros una habitación en el establecimiento más caro del

lugar. En el caso de Kentucky, eso equivalía a un hotel de poca altura de madera de pino que se encontraba en la ribera del Misisipi, construido sin duda por alguien que quería levantar uno de lujo sin haber pisado jamás uno de verdad. El papel de pared tenía los colores de una piruleta, y colgaban del techo candelabros eléctricos, pero de la tarima rezumaba el olor agrio propio de los siluros.

El señor Locke saludó al director con un gesto brusco y dijo:

—Cuide a la niña. Ya verá que se porta bien.

A continuación, se dirigió al vestíbulo. Tras él iba el señor Stirling, que semejaba más bien un perro antropomórfico incapaz de separarse de él. Una vez allí, Locke saludó a un hombre con pajarita que le esperaba en uno de los sofás de estampado de flores.

—¡Gobernador Dockery, es un honor! Le aseguro que leí su última misiva con mucha atención. ¿Cómo va esa colección de cráneos?

Vale. Eso explicaba el porqué de su presencia allí. El señor Locke había acudido para reunirse con uno de sus compañeros de la Sociedad Arqueológica y pasar la noche presumiendo, bebiendo y fumando puros. Celebraban una reunión anual todos los veranos en la Hacienda Locke, una fiesta sofisticada seguida de asuntos que solo conocían los estirados de sus miembros, ya que ni a mi padre ni a mí se nos permitía asistir. Pero los más entusiastas no eran capaces de aguantar todo el año y trataban de quedar en cualquier otra ocasión.

El director me sonrió con ese gesto forzado y cargado de pavor de los adultos que no tienen hijos, y yo le devolví una sonrisa de oreja a oreja.

—Voy a salir —le dije con aplomo.

Él sonrió un poco más y parpadeó con incertidumbre. Siempre provocho incertidumbre en los demás: tengo la piel de un rojo cobrizo, como si siempre la tuviera cubierta de serrín de cedro, pero mis ojos son grandes y claros y voy

ataviada con ropas caras. ¿Era una mascota mimada o una sirvienta? ¿Debería el director haberme servido un té o medido en las cocinas con las criadas? Era lo que el señor Locke solía llamar «una criatura a caballo entre dos mundos».

Volqué un jarrón de flores muy voluminoso, solté un «cuánto lo siento» muy poco creíble y me escabullí mientras el director espetaba un taco y empezaba a limpiar el destrozo con su abrigo. Escapé al exterior por las puertas. (¿Ves cómo esa palabra siempre se cuele incluso en las historias más mundanas? A veces noto la presencia de puertas que acechan en los espacios vacíos que hay entre las frases, con pomos que hacen las veces de puntos finales y verbos que en realidad son bisagras).

Las calles no eran más que franjas entrecruzadas bañadas por el sol y que terminaban en la ribera del cenagoso río, pero los habitantes de Ninley, en Kentucky, las recorrían como si fuesen las avenidas de una gran ciudad. Se me quedaban mirando y murmuraban al pasar.

Un estibador ocioso me señaló y le dio un codazo a su compañero para avisarlo.

—Me apuesto lo que sea a que es una niña chickasaw.

Su compañero agitó la cabeza mientras mencionaba su amplia experiencia personal con las jóvenes indias y aventuró:

—Puede que antillana. O mestiza.

Seguí caminando. Era algo que la gente siempre hacía al verme, tratar de encasillarme en uno u otro lugar, pero el señor Locke siempre me aseguró que todos estaban equivocados.

—Eres un espécimen único —decía.

Después de oír el comentario de una de las criadas, yo le había preguntado si era una persona de color, y él se había limitado a resoplar.

—De un color un tanto raro, puede ser, pero yo no te consideraría una persona de color.

Lo cierto era que yo no sabía qué convertía a alguien en una «persona de color», pero lo había pronunciado de tal manera que me alegraba de no serlo.

Las especulaciones eran aún peores cuando mi padre estaba conmigo. Su piel era más oscura que la mía, de un negro rojizo muy lustroso, y tenía unos ojos tan negros que hasta la esclerótica parecía dotada de cierta tonalidad marrón. Todo ello sin olvidar los tatuajes, unas espirales de tinta que se le retorcían por las muñecas, la ropa desgastada, las gafas, el extraño acento y... Bueno, que eran razones más que suficientes para que la gente se quedara mirando.

Ojalá estuviese aquí conmigo.

Mientras caminaba muy concentrada para no mirar de refilón todas esas caras blancas, me tropecé con alguien.

—Lo siento, señora, es que...

Una anciana encorvada y arrugada como una nuez blanquecina bajó la vista para quedárase mirando. Era una mirada de abuelita que parecía haber practicado hasta la extenuación y que seguramente acostumbraba a dedicarles a los niños que iban por ahí a lo loco y chocaban contra ella.

—Lo siento —repetí.

La mujer no dijo nada, pero algo cambió en su mirada, como si se abriesen dos abismos insondables. La boca le colgaba abierta y tenía los ojos lechosos abiertos como platos.

—¿Quién...? Pero ¿quién narices eres? —espetó.

Supongo que a la gente no le gustaban las «criaturas a caballo entre dos mundos».

En ese momento debería haber regresado al hotel queapestaba a siluro para refugiarme en la seguridad de la sombra opulenta del señor Locke, donde ninguna de esas personas desagradables podía hacerme nada. Eso habría sido lo más apropiado. Pero, como para darle la razón al señor Locke cuando se quejaba de mi actitud, yo era una persona inapropiada, tozuda y bragada (una palabra que

supongo que no describía nada bueno, si tenía en cuenta el resto de adjetivos que la acompañaban).

Por eso salí corriendo.

Corrí hasta que mis flacas piernecillas empezaron a temblar y noté que el pecho amenazaba con romper las costuras del traje refinado que llevaba puesto. Corrí hasta que las calles se convirtieron en un sendero serpenteante y los edificios que dejé atrás quedaron ocultos tras glicinias y madreselvas. Corrí e intenté no pensar en la manera en la que me había mirado la mujer ni en el problema en el que quizá me acababa de meter por desaparecer así.

Mis pies solo dejaron de rebotar contra el suelo cuando me di cuenta de que la tierra que pisaba hasta entonces se había convertido en hierba pisoteada. Me encontraba en un prado solitario y descuidado bajo un cielo tan azul que me recordó a los azulejos que mi padre había traído de Persia: un azul majestuoso y tan intenso que uno no podía evitar perderse en él. Unos pastos altos y de color cobrizo se extendían bajo él, y también se alzaba algún que otro cedro por aquí y por allá.

La imagen tenía algo que me invitaba a hacerme un ovillo junto a esos tallos secos y quedarme allí como un cervatillo que espera a su madre. Quizá fuese el intenso aroma a cedro seco al sol o la hierba agitándose bajo el cielo como una tigresa naranja y azulada. Me interné aún más, y empecé a deambular mientras rozaba con las manos las puntas ensortijadas de los cereales silvestres.

Estuve a punto de pasar de largo la Puerta. Es lo que sucede con todas las Puertas: están como ocultas y de costado hasta que alguien repara en ellas de la manera adecuada.

Aquella solo tenía un viejo marco de madera dispuesto de una manera que parecía el principio de un castillo de naipes. Unas manchas de óxido salpicaban la madera en los lugares donde las bisagras y clavos se habían desangrado, y solo quedaban unos valientes travesaños de la puerta en

sí. La madera aún tenía restos de pintura sin levantar, de un azul tan majestuoso como el del cielo.

En esa época no sabía nada de las Puertas, y no te habría creído ni aunque me dieras una colección en tres volúmenes anotados de informes de testigos. Pero en el momento en el que contemplé esa puerta azul y estropeada allí, tan solitaria en aquel prado, deseé que llevara a cualquier otro lugar al cruzarla. A cualquier sitio que no fuese Ninley, en Kentucky; a un lugar nuevo, desconocido y tan extenso que pudiese recorrerlo sin llegar nunca a sus confines.

Apoyé la palma de la mano en la pintura azul. Las bisagras chirriaron como las de las puertas de las casas encantadas que había leído en mis folletines e historias de aventuras. El corazón me latió desbocado en el pecho, y uno de los rincones más ingenuos de mi alma contuvo el aliento a la espera de que ocurriese algo mágico.

Al otro lado de la Puerta no había nada, claro. Solo los tonos azul cobalto y canela de mi mundo, el cielo y el prado de debajo. Solo Dios sabe por qué verlo en ese momento me rompió el corazón. Me senté sobre mi elegante vestido de lino y lloré la pérdida. ¿Qué era lo que esperaba? ¿Uno de esos portales mágicos con los que siempre se topaban los niños que protagonizaban mis libros?

De haber estado allí con Samuel, seguro que al menos podríamos haber fingido que así era. Samuel Zappia era mi único amigo si no tenía en cuenta los invisibles, un chico de ojos negros con una adicción sintomática a las revistas pulp que siempre tenía en el rostro la mirada perdida de un marinero que contempla el horizonte. Visitaba la Hacienda Locke dos veces a la semana en un carro rojo que tenía pintadas unas letras estilizadas y doradas que rezaban «COMESTIBLES DE LA FAMILIA ZAPPIA»; y solía traerme el último número de la *Argosy All-Story Weekly* o de la *Halfpenny Marvel*^[2], además de harina y cebollas. Los fines de semana se escapaba de la tienda de su familia para venir a jugar

conmigo a imaginar que había fantasmas y dragones en la orilla del lago. Su madre lo llamaba «sognatore», y él me decía que eso, en italiano, significaba «bueno para nada que no deja de romperle el corazón a su madre con sus fantasías».

Pero aquel día Samuel no estaba conmigo en el prado, por lo que decidí sacar mi pequeño diario de bolsillo y escribir una historia.

Cuando tenía siete años, el diario era mi posesión más preciada, aunque lo cierto es que el hecho de que fuese mi posesión resulta cuestionable desde el punto de vista legal. No lo había comprado y nadie me lo había dado. Lo había encontrado. Fue cuando jugaba en la Sala de los Faraones justo antes de cumplir siete años. Me dediqué a abrir y cerrar las urnas y a probarme la joyería, hasta que me topé con un Cofre del tesoro de un azul precioso. (Era una caja de tapa abovedada decorada con marfil, ébano y una fayenza azul. Egipto, sin duda). En el fondo de dicho Cofre encontré el diario: forrado de un cuero del color de la mantequilla quemada con páginas de color crema como el algodón en las que no había nada escrito, tentadoras como la nieve recién caída.

Me dio la impresión de que el señor Locke lo había dejado allí para que lo encontrase, como si se tratara de un regalo secreto y él fuese demasiado arisco como para darme en persona, por lo que lo cogí sin titubear. Escribía en él cuando me sentía sola o perdida, o cuando mi padre estaba fuera, el señor Locke se encontraba ocupado o la institutriz se portaba muy mal conmigo. O sea, que escribía mucho.

En su mayor parte eran historias como las que leía en los ejemplares de la revista Argosy que me llevaba Samuel, relatos de niños valientes de pelo rubio que se llamaban Jack, Dick o Buddy. Pasaba mucho tiempo pensando títulos rocambolescos que luego escribía con caligrafía estilizada (*El misterio de la llave cadavérica*, *El club de la daga dora-*

da o *La huérfana voladora*) y no me preocupaba demasiado por la trama. Esa tarde, sentada en aquel prado solitario junto a la Puerta que no llevaba a ninguna parte, me dieron ganas de escribir una historia diferente. Una de verdad, algo con lo que poder identificarme si lo creía con muchas ganas.

Erase una vez una niña audaz y vragada (¿se escribe así?) que encontró una Puerta. Era una Puerta mágica, y por eso se escribe con P mayúscula. La niña abrió la Puerta.

Me lo creí por unos instantes, durante el tiempo que pasó desde que el lápiz dibujó la recta de la P hasta que rellené el interior del círculo que conformaba el punto final. No de esa manera superficial en la que los niños creen a medias en Papá Noel o en las hadas, sino con la seguridad con la que uno termina por creer en la gravedad o en la lluvia.

Noté como algo cambiaba a mi alrededor. Sé que es una descripción deficiente y debo pedirles perdón por mi manera de expresarlo, inapropiada para una señorita, pero no se me ocurre otra manera de hacerlo. Fue como un terremoto que no agita ni una sola brizna de hierba, como un eclipse que no proyecta sombra alguna; un cambio inmenso pero invisible. Una repentina brisa agitó las hojas del diario. Olía a sal y a piedra caliente y a toda una serie de aromas lejanos que no podían surgir de un prado lleno de maleza cerca de la ribera del Misisipi.

Me volví a meter el diario en la falda y me puse en pie. Las piernas me temblaron a causa del agotamiento como abedules que se agitan en la brisa, pero no les presté atención porque la Puerta parecía haber empezado a murmurar en un idioma repiqueteante y convulso que parecía formarse con la madera carcomida y la pintura levantada. Volví a extender la mano hacia ella, vacilé y luego...

Abrí la Puerta y la crucé.